Memoria de Antonio Machado

Dicen ahora que no supimos darle ni fortuna ni paz

Pero la fortuna es dama caprichosa y la paz no puede darla el mundo

El 22 de febrero de 1939 era Miércoles de Ceniza y debió de anochecer pronto. Seguramente fue "una tarde parda y fría de invierno", o "cenicienta y mustia", o "mustia y desabrida", también adjetivos machadianos. Ceniza y sombra se agolparían súbitas hacia el crepúsculo, que si ambas son compañeras de todas las muertes, son aún más adictas cuando es un gran poeta quien deja de existir.

Porque un gran poeta es, de alguna manera, una luz. Una luz que ayuda a ver más claro el fondo de las cosas, en sus últimas conexiones y trascendencias. La semilla no es el menudo grano, sino la posibilidad de hacerse bosque; el mar no es todo el océano, sino su casual irisación en el cuenco de una concha. Síntesis y análisis es la poesía, de suerte que viene a convertirse en una forma de conocimiento, distinto del científico, pero asimismo válido. Poeta y profeta se relacionan —por algo vate es sinónimo de ambos—, pues los dos intentan ver en la sombra de las cosas, en el "secreto manifiesto" —que decía Goethe—, porque está ahí, ante los ojos de todos; pero sólo ellos saben revelarlo.

El Miércoles de Ceniza de hoy hace treinta y cuatro años moría en un pueblecito francés aquel poeta que reveló como ninguno la tierra española. Aquel gran poeta que fue don Antonio Machado, y que no estoy seguro de si nos lo merecimos los españoles, que no supimos darle ni fortuna ni paz.

Pobre y desterrado, como Dante, acaso por razones afines a las del florentino, podría haber repetido "nunquam revertar". Y, sin embargo, su palabra nos llega desde cualquier rincón de la tierra de España: desde las lomas, desde los arroyos, desde los olmos y las jaras; desde el roquedal, en la nieve y en el viento, con invisibles lenguas, con silenciosos ojos, con perfumados tactos; en el atardecer serrano, en el mediodía de la planicie. Difícil encontrar un poeta más entrañado en el paisaje español, más "comprometido" con la luz y el aire de nuestros campos. Difícil encontrar quien nos lleve de la mano por una geografía en la que, abiertos los ojos merced a sus versos, nos reconocemos humana y entrañablemente.

Sencillos, claros, hondos —como él, "soñando caminos de la tarde"—, sus poemas nos concilian con las cosas tan divinamente, que es como si nos sintiésemos todos poetas al leerlos. Rara virtud de la poesía mejor, capaz de despertar en cada lector una sensibilidad afín, subyacente y propicia. Sencillos, claros, hondos —como él, esperando "otro milagro de la primavera"—, sus poemas podrían asimismo reconciliarnos, si los leyésemos bien, hasta hacer imposible que "una de las dos Españas" hiele el corazón del españolito que viene al mundo y que quiere "vivir y a vivir empieza". Y es que la poesía machadiana no peca nunca de subjetivismo. Aún más: él nos enseña explícitamente, en un fragmento de "Los complementarios", que no existe la poesía del todo subjetiva, porque el sentimiento —y no digamos el lenguaje que lo expresa— no es creación exclusiva del sujeto individual, sino que precisa la colaboración de ese "tercer mundo", que es el mundo de los otros *yos*.

Era Miércoles de Ceniza, 22 de febrero, Santa Leonor. Qué coincidencias de la muerte: Leonor, el amor de aquel matrimonio breve como la primavera soriana. La vida del poeta se agotaba el día de Santa Leonor. Lejos de Soria. Y de Baeza y de Sevilla. En un pueblecito francés, cerca de la raya de Cataluña. Hace ahora treinta y cuatro años. Aquella tarde debió de anochecer antes.

Leopoldo DE LUIS.

SIATA
OPERACION PRUEBA
SIATA